

Una visita figurada a D. Juan Manuel de Aréjula y Pouzet

Si in duda alguna, para conocer la historia del liberalismo español y comprender la independencia de las colonias americanas, hay que conversar con los elementos que pertenecen o pertenecieron a tales tendencias y, con tal fin, aprovechando un viaje a Londres, pude entrevistarme con D. Juan Manuel de Aréjula, cirujano gaditano que estaba allí en el exilio.

Me pareció un tanto altivo, con modales señoriales y cordial, aunque algo reservado. Frisaba los setenta y tantos años y su acento chispeante y vivaz delataba que estaba ante un andaluz de estirpe y de vivencia.

Me aclaró que había nacido en el pueblo cordobés de Lucena, en donde su padre, a la sazón cirujano del Regimiento de Dragones, estaba destinado.

Tal vez por influencia paterna, heredó la vocación sanitaria y castrense y decidió ingresar en Cádiz en el prestigioso Colegio de Cirujanos de la Armada que en 1750 había fundado D. Pedro Virgili.

En efecto, tras denodados esfuerzos, probanzas diversas, tanto de conocimientos como de provenir de familia honrada, logró en 1778, contando con 17 años, ingresar en el citado centro docente, esperando hacer carrera en la Sanidad Militar, que a la postre era un medio decente de

ganarse la vida, si no de manera desahogada, sí al menos de forma honesta y sin demasiadas penurias y tropiezos.

Se adaptó fácilmente al régimen de internado y a la férrea disciplina. En este centro militar existía un plan de estudios, un horario estricto y un régimen disciplinario muy ajustado para que los jóvenes estudiantes no se desmadraran, con castigos frecuentes.

Así, las horas de estudio fuera del tiempo de las canículas eran de las cinco a las seis de la mañana, la cura hasta las ocho y media; después de media hora para desayunar, a las nueve lección que acababa a las diez y media; una hora para retocar los apuntes de clase. De once y media a doce, la comida, después de la cual se les permitía dos horas para su recreación. A las dos clase y tiempo para reflexionar lo explicado y un rato de divertimento hasta las seis, hora de retiro para estudiar hasta las ocho, hora en la que se distribuía la cena, tras la cual un rato de conversación o conferencia hasta las diez, que era hora de recogimiento en la cual se tocaba a silencio, según recordaba nuestro hombre haciendo gala de prodigiosa memoria.

En cuanto a los citados castigos, las faltas leves podían ser penadas con algunas horas de plantón o re-

Fernando Paredes Salido

Doctor en Farmacia
y en Ciencias Químicas

duciendo la ración a pan y agua. Para los casos más graves, el Colegio disponía de unas celdas donde eran encarcelados los colegiales el tiempo que se determinase. Algunos de los castigos eran dignos de relatar. Así, existían algunos tan curiosos como el de ser castigado a habitar el palomar por 15 días, por haber echado una alcazarra de orines desde una ventana del ángulo alto y haber mojado a cuatro colegiales, o aquél otro que le impusieron a un condiscípulo suyo que a los ocho días de ser colegial tuvo el desahogo de ponerse a tocar el fandango con un violín sentado en una de las ventanas delante de la iglesia... por lo que estuvo preso dos días, o aquél otro que estuvo una noche a base de pan y agua y de plantón en el refectorio por haberle, al parecer en chanza, dado un golpe-cillo y quitado el gorro al tío Francisco. Al final fue expulsado, entre otras razones por abandono de la guardia para permanecer de guasa con los colegiales enfermos.

Reputado de buen estudiante, antes de acabar la carrera, en 1778 fue comisionado como practicante en la expedición contra Argel que mandaba el Conde O'Reilly y que terminó en fracaso estrepitoso. Por cierto, se hablaba mucho y casi todo malo de este militar. En Cuba, con el Conde de Ricla, había organizado las denominadas milicias de "Pardos y Morenos".

Tras la estancia de D. Antonio de Ulloa como Gobernador en la Luisiana, enviaron a D. Alejandro, pues así se llamaba el irlandés, nacionalizado español, que consiguió apaciguar aquellos territorios a fuerza de ejecuciones y derramamientos de sangre, y al que motejaron "The Bloody", es decir, "El Sanguinario", de donde vendría la acotación "El Sangui", apodo que más tarde le pusieron los gaditanos.

Como estuvo al frente de la expedición contra la ciudad de Argel, donde murieron unos mil quinientos soldados, y hubo un balance de más de

Tal vez por
influencia
paterna,
heredó la
vocación
sanitaria y
castrense

seis mil heridos, comenzó a comentarse la mala suerte que tenía este militar. En esta tierra gaditana, ser un "sanguí", significa ser un *malaje*, es decir, "mal ángel", además de tener la negra en cuanto a suerte se refiere. Para colmo, por el hecho de ser cojo de la pierna derecha, debido a una herida de guerra, lo tildaron también de "tener mala pata".

Lo que le vino a colmar al conde el vaso de las desdichas y acrecentar infinitamente su mal fario, fue el hecho de que, residiendo como Capitán General de Andalucía en El Puerto de Santa María, el día de la inauguración del puente de San Alejandro, que unía las dos orillas del río Guadalete, éste se hundiera, arrastrando y haciendo caer al agua a todos cuantos se encontraban sobre él presenciando la ceremonia. Se aho-

garon más de cuatrocientas personas, que fueron enterradas en el patio del claustro de la Iglesia Mayor Prioral.

O'Reilly logró salvar el pellejo, trasladándose posteriormente a Cádiz como jefe político y militar, donde realizó una buena labor como gobernante, a pesar de que actuaba de forma totalmente desconsiderada. Entre sus genialidades, estaba el hecho de exigir que se diera limosna a los pobres, en proporción al capital que se tuviera, o de imponer a la gente la asistencia obligatoria a los sermones de fray Diego José de Cádiz, entrometiéndose en todas las cuestiones de manera despótica.

Vuelto a Cádiz, y una vez concluidos los mismos, Aréjula es destinado a diferentes buques y dependencias de la Armada, marchando en 1784 pensionado a París para estudiar Química con Fourcroy, que era catedrático a la sazón de esta disciplina en el Jardín del Rey y que junto con Lavoisier, Berthollet y Guyton de Morveau impulsó la nueva nomenclatura química.

Fruto de este aprendizaje es la publicación en 1788 por parte de Aréjula de las "*Reflexiones sobre la Nueva Nomenclatura Química*", en la cual al oxígeno lo denomina "arxicayo" o "principio quemante", siendo los óxidos metálicos los "cayos", oponiéndose de esta forma al término clásico utilizado por Lavoisier que consideraba al oxígeno como "engendrador de ácidos".

Nuestro hombre permaneció en la capital francesa unos cinco años, nombrándosele en 1789 Ayudante de Cirujano Mayor, encargándosele la Cátedra de Química del colegio gaditano.

De carácter inquieto e inquisitivo, en París conoció, aparte del boato y el lujo al que no podía acceder, dado el

escaso montante de su peculio, los movimientos masónicos, con los que simpatizó desde el primer momento, chocando con la Santa Inquisición en Cádiz, que le incauta algunos de los libros de su propiedad, que posteriormente le son devueltos.

Aréjula escribió mucho sobre esta materia de su especialidad, citando por ejemplo la obra que se encuentra en Cádiz en la biblioteca del Ateneo "*Discurso sobre la necesidad de la Química (A) en la teoría y práctica de la medicina*", y otra que se encuentra en la Biblioteca de D. Augusto Comte: "*Memoria sobre el modo y ocasiones de emplear los varios gases para descontagiar los sitios epidemiados*", impresa en Sevilla en su Imprenta Mayor, en 1800. Este año nuestro profesor abandona la docencia de la Química para combatir, como buen Cirujano Naval, la epidemia de fiebre amarilla que asolaba Cádiz y la provincia, recogiendo su experiencia epidemiológica en el libro "*Breve Descripción de la Epidemia de Fiebre Amarilla que asoló Cádiz...*", en donde propugna la utilización de fumigaciones con gases muriáticos y nítricos, el aislamiento y la vacunación, que según Palma Robles, introdujo en Cádiz.

En sus estudios acerca de la fundamentación química de la Patología, Aréjula afirma: "el examen químico de la sangre, de la orina y de los productos patológicos permitirá la edificación de una nueva Patología rigurosamente científica", lo que le hace ser el precursor de la Bioquímica Clínica.

Por su parte, nuestro entrevistado, en 1805, es nombrado Vicedirector del Colegio de Cirujanos de la Armada y en 1807, y posteriormente en 1809 Director sin ejercicio, más como un arma que el hasta entonces Director y factotum D. Carlos Ameller

utilizaba, según sus palabras contra él, pues este cargo era solo honorífico, ya que el que verdaderamente mandaba era Ameller. Posteriormente y para quitarlo de Cádiz lo nombraron Superior Facultativo en la Campaña de Portugal y de la Junta de Sevilla en el Ejército de Andalucía, participando en la batalla de Bailén en 1808 contra los franceses, primera de las derrotas sufridas por el poderoso ejército napoleónico, la *Grande Armée*, en donde 17.600 gabachos depusieron sus armas bajo aquel sol abrasador jienense.

En esta batalla coincidió con el héroe argentino D. José San Martín, que ya había conocido en Cádiz y que gracias al apoyo prestado al general Castaños fue ascendido a Teniente Coronel del Ejército español.

"Cuanto más
aprendemos,
más percibimos
el vacío del
desconocimiento"

Tildado de liberal y enemigo de los sectores serviles y reaccionarios, aparte de colaboracionista con Riego, en 1823 es represaliado, tenien-

do que exiliarse a Londres en donde se adhirió a los seguidores de Espoz y Mina.

Según me dijo textualmente: "Vivimos en un enfrentamiento continuo y sórdido entre los sectores serviles y liberales en esta España nuestra. Desgraciadamente, creo que esta pugna subsistirá, pues ambos bandos poseemos visceralidad y empecinamiento sobrado, una crispación estúpida que nos lleva a no saber reconocer lo bueno del adversario. Yo he estado continuamente perseguido, tachado de raro, de mala res, de vano, de ambicioso y hasta de avaro, sin ningún amor a la Patria. Estoy cansado. El clima húmedo y frío de Londres me sienta mal, añoro mi Andalucía y a Cádiz, aunque allí tratasen de hacerme la vida imposible compañeros como Ameller, Arricruz, Flores Moreno, Pedro María González, Nadal o Rodríguez Jaén. Cádiz es la ciudad más luminosa del mundo. Me gustaría volver a ella, pues no deseo que me entierren con la cabeza hacia abajo como símbolo de una segura condena infernal, pues la Iglesia obliga a poner de esta guisa a los que en vida fueron masones. Fui masón, es cierto, aunque ahora soy carbonario reivindicando la libertad política y la implantación de un verdadero régimen constitucional en nuestro país.

"He conocido a muchos personajes que serán recordados por la historia venidera tanto en el campo de la ciencia como en el de la política, pero considero que lo importante es la lucha denodada por unos valores. Cuanto más aprendemos, más percibimos el vacío del desconocimiento. Necesitamos diálogo y hacer un esfuerzo de comprensión hacia el otro. Nadie es poseedor de la verdad absoluta".

Con estas ideas marché pensando en sus palabras. ¿Cuándo lograremos conciliar a las dos Españas? 